

La biblioteca de Tom Sawyer

Emilio Pascual*

LAS AVENTURAS DE TOM SAWYER

PRIMERA EDICIÓN: 1876



MARK TWAIN (1835-1910)

La biblioteca de Tom Sawyer está hecha a partes iguales de misterio y paradoja. Porque el único libro que podría haber habido en casa de la tía Polly no parece haber sido la lectura predilecta de Tom, mientras que los libros que Tom conocía no parecen haber estado nunca en casa de su tía.

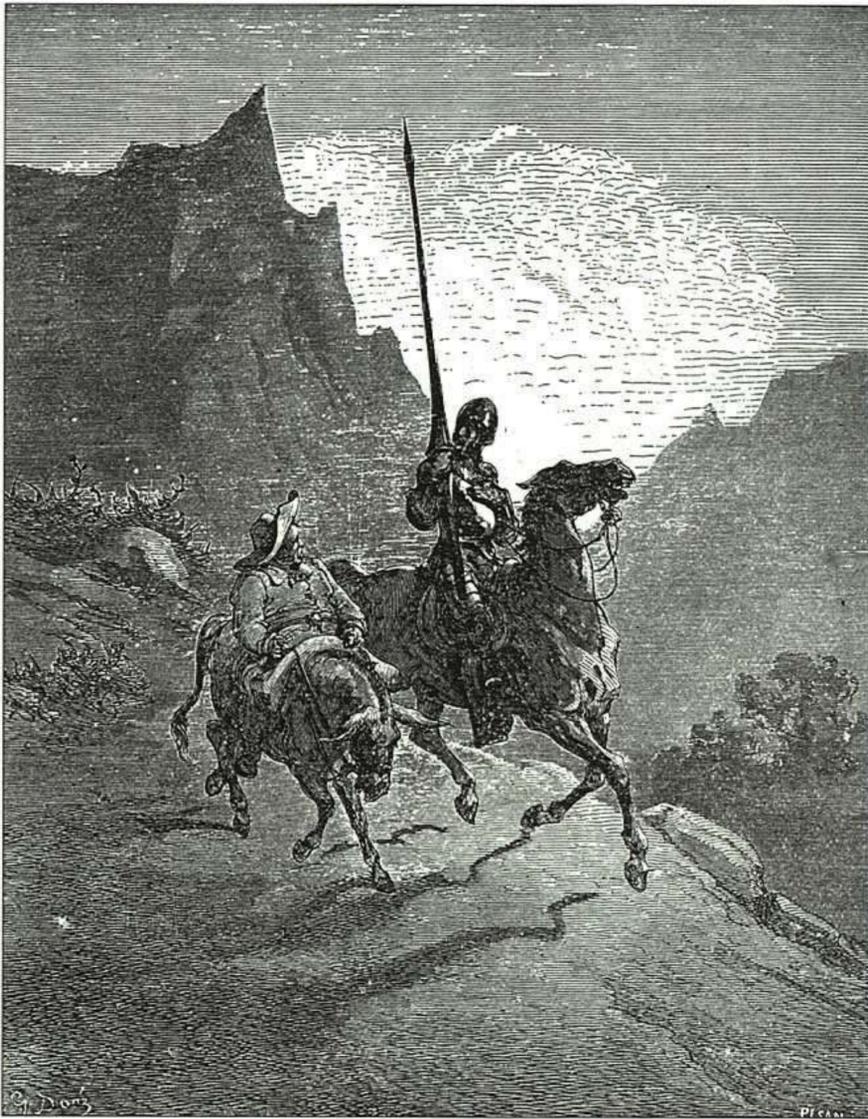
La tía Polly podía enhebrar hileras de citas bíblicas con más facilidad que agujas. Un versículo del libro de los Proverbios la autorizaba a emplear la vara en casos de emergencia, versículo que a veces quedaba atenuado con otro de Job: aquel que recordaba que todo ser nacido de mujer es corto de días y largo de inquietudes. No es, pues, improbable que hubiera una Biblia en aquella casa cuya valla apareció una tarde tan generosamente encalada merced a un ardid filosófico de Tom. Sin embargo, Tom jamás habría consentido en aprenderse dos mil versículos ni a cambio de una Biblia de Doré.

Ni dos mil... ni dos. Pero Tom Sawyer tuvo su Biblia y su día de gloria, que fue el mismo día del tupido velo o caritativo telón. El señor Walters, pastor de pastores, iba a entregar una Biblia —no de Doré, sino «de encuadernación muy sencilla (que costaba cuarenta centavos en aquellos felices tiempos)»— al alumno aplicado que hubiera logrado diez vales amarillos, o cien rojos, o mil azules.

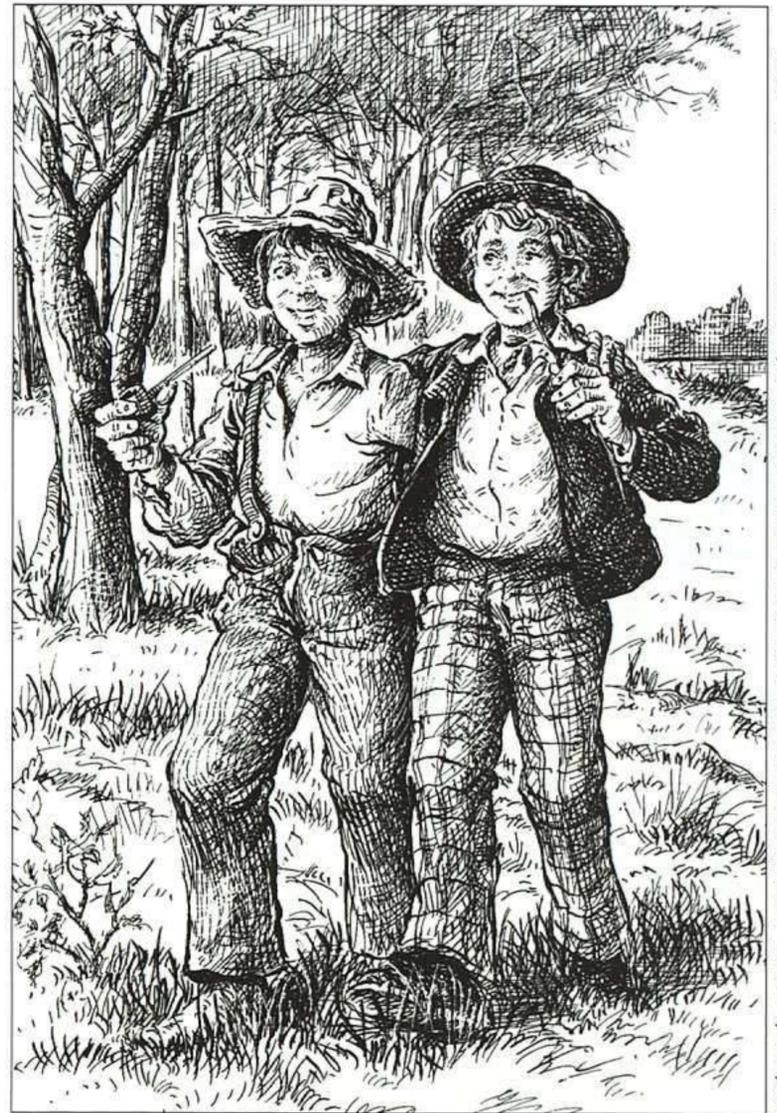
Cada vale azul era el precio del alojamiento de dos versículos en «los tenebrosos rincones de su cerebro». ¹ Cada vale rojo, el de diez azules o veinte versículos; cada amarillo, el de diez rojos o dos cientos de versículos. En total, recibir una Biblia de manos del pastor de pastores, señor Walters, equivalía a retener dos mil versículos en la memoria.

Aquella mañana de domingo, «cuando ya no cabía ninguna esperanza», héteme aquí que Tom Sawyer, el peor alumno de la clase en la preclara mente de su profesor; Tom Sawyer, que ignoraba las más elementales operaciones aritméticas y no había conseguido memorizar la primera bienaventuranza, se adelantó con nueve vales amarillos, nueve rojos y diez azules, reclamando su Biblia. Cómo consiguió allegar aquella policroma baraja es algo que pertenece al secreto del intercambio fenicio o al intrincado misterio de las oscilaciones de la Bolsa. Porque es de saber que la ciencia bíblica de Tom se redujo a colocar a David y Goliat entre los primeros apóstoles, aunque nada nos autoriza a pensar que su Biblia le fuera arrebatada.

Tom Sawyer, o el oxímoron de una biblioteca: el único libro que pudo poseer con cierto grado de probabilidad, lo ignoraba por completo; en cambio, nadie sabe de qué oculta biblioteca procedía la sorprendente variedad de sus lecturas.



GUSTAVO DORÉ, DON QUIJOTE DE LA MANCHA.



JOSÉ MARÍA PONCE, HUCKFINN Y TOM SAWYER ENTRE LOS INDIOS Y LA CONSPIRACIÓN DE TOM SAWYER, ANAYA, 1999.

Ávido lector

La eterna polémica sobre si leer o no el *Quijote* y a qué edad, quizá podría resolverse repasando la biblioteca imaginaria de Tom. Él lo conocía. Cuenta Huckleberry Finn que una vez Tom mandó que se reuniera la Cuadrilla, porque al día siguiente «toda una cantidad de mercaderes españoles y árabes ricos iba a acampar en la Hondonada de la Cueva con doscientos elefantes y seiscientos camellos, y más de mil mulas de carga, todas llevando diamantes... Yo no creía —prosigue Huck— que pudiéramos hacer correr a una muchedumbre de españoles y árabes, pero quería ver los camellos y los elefantes, así que estuve allí pendiente...; y cuando nos llegó la seña, nos lanzamos desde el bosque y corrimos colina abajo. Pero no había ningún español ni ningún árabe, y no había camellos ni elefantes. No había nada, salvo una excursión de la escuela dominical, y sólo eran los pequeños del primer año. Los espantamos y perseguimos a los niños hondonada arriba; pero no conseguimos más que unas rosquillas y mermelada, aunque Ben Rogers consiguió un muñeco de trapo, y Joe Harper un libro de himnos y un folleto de la iglesia; y entonces el maestro se nos vino encima y nos hizo soltarlo todo y marcharnos. Yo no vi ningún diamante

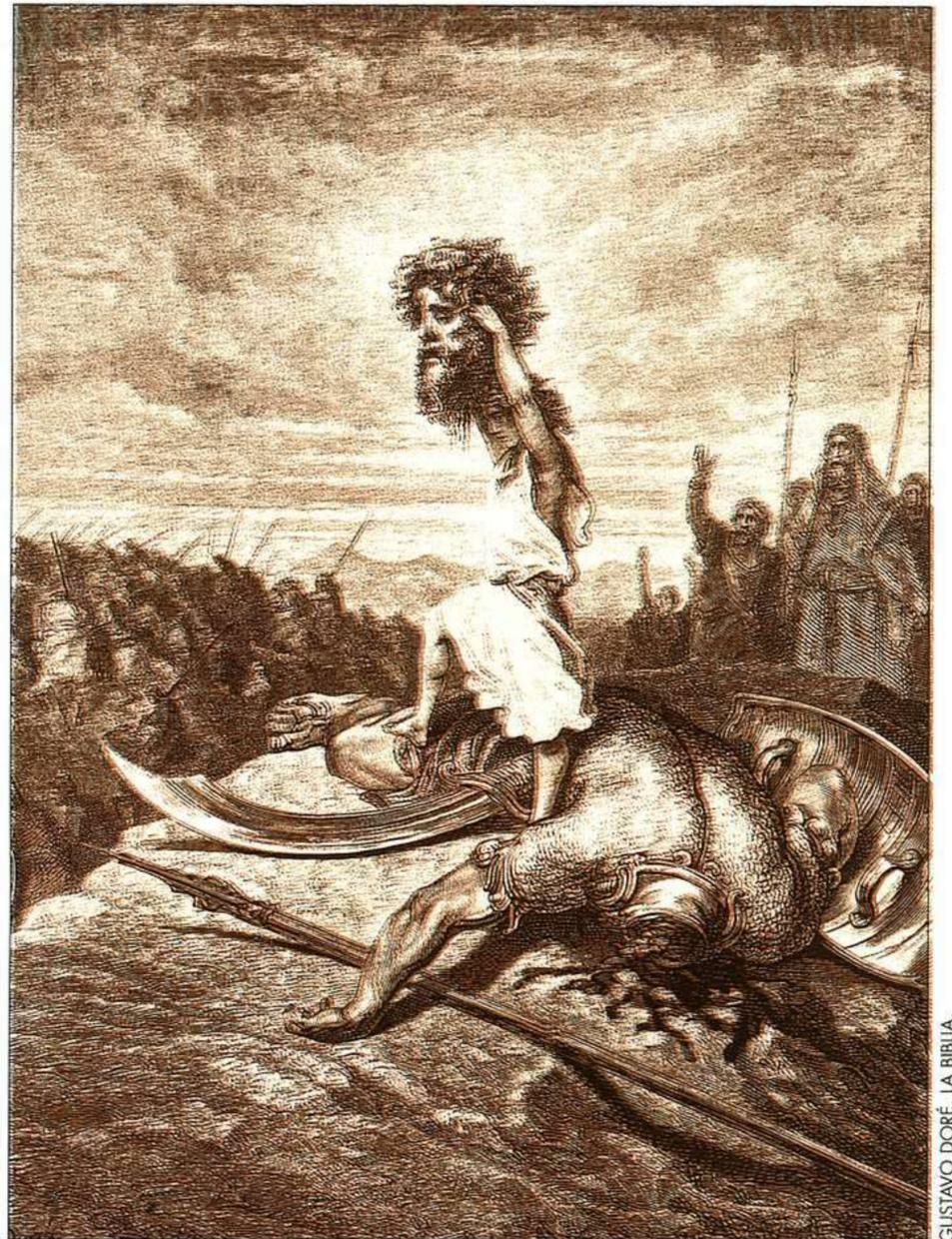
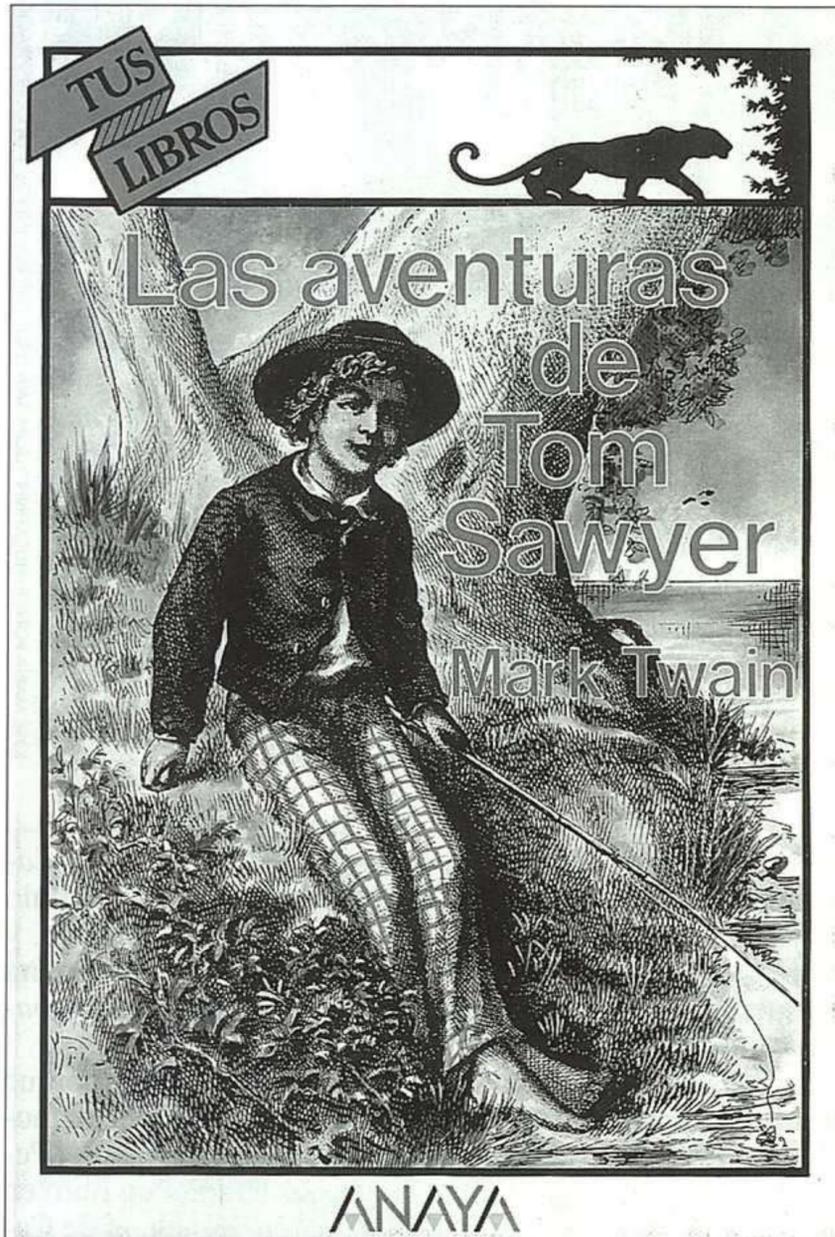
y se lo dije a Tom Sawyer. Él dijo que allí había cantidades, sin duda; y dijo que había también árabes, y elefantes y cosas. Yo dije: «¿Por qué no podemos verlos, entonces?». Él dijo que, si yo no fuera tan ignorante y hubiera leído un libro titulado *Don Quijote*, lo sabría sin preguntar. Dijo que todo se hacía por encantamiento».

Tom había leído el *Quijote*. También fue lector asiduo de Scott. De creer a Huck, algunas de sus «ideas disparatadas» las sacaba «de los libros de Walter Scott, que siempre leía». Cabe afirmar que Tom había seleccionado sus lecturas entre las menos recomendables para una sociedad puritana y esclavista del sur. Había leído varios cuentos de *Las mil y una noches*, algunos de los cuales volvería a contarlos a su vez para desesperación de Huck y el negro Jim, que no acababa de entender la sutileza literaria de Tom. Había leído *El vizconde de Bragelonne* y *El conde de Montecristo*, de Dumas, aunque tal vez había trabucado algún episodio, pues le contó a Huck que el preso tardó treinta y siete años en salir de la mazmorra del castillo de If, y apareció... en China. Había leído las aventuras de *Robin Hood* en la versión de Joseph Cundall; *El escarabajo de oro*, de Poe, y las novelas de Fenimore Cooper, donde había aprendido todo lo que sabía de los indios. Había leído *El*

tenebroso vengador del Caribe o El diablo de la sangre, de Ned Buntline, título y autor que a mí se me han resistido, y hay fundadas sospechas de que tuviera acceso a la primera edición de *La cabaña del tío Tom*. Había leído.

No se agotan aquí sus lecturas, porque Tom es siempre imprevisible. En un momento sublime le reprocha a Huck: «Pero ¿es que nunca has leído ni un libro en tu vida? ¿Ni del barón Trenck, ni de Casanova, ni de Benvenuto Cellini, ni de Enrique IV, ni de ninguno de aquellos héroes?». *Quid vobis videtur?* «¿Brillante? ¿Tom Sawyer?», habría dicho Huck. «Ya lo creo que sí.» En cinco días aprendió el oficio de tipógrafo y se permitió mencionar a Gutenberg y Fust (o creemos que a ellos se refería cuando compuso Guttinburg y Fowst). Asombran sus conocimientos de historia cuando afectan a sus proyectos y aventuras.²

Por su parte, Huck, que no ha leído nada de eso ni de ninguna otra cosa, que es el Sancho de este imprevisible dúo quijotesco, también se sawyeriza oyendo cómo el mal llamado duque reconstruía de memoria el célebre monólogo de Hamlet para que el mal llamado rey se lo aprendiera. Y Huck, el empirista y escéptico Huck, retuvo aquel extraño soliloquio. «Me lo aprendí con bastante facilidad —confiesa Huck—, mientras él se lo enseñaba al rey.» Éste es el resultado:



GUSTAVO DORÉ, LA BIBLIA.

«Ser o no ser; he aquí el simple estilete, que da existencia tan larga al infortunio; quién querría llevar tan duras cargas, hasta que el bosque de Birnam avance a Dun-sinane, si no fuera por el temor de que un algo después de la muerte asesine el sueño inocente, el segundo recurso de la gran Naturaleza, que nos hace más bien tirar los dardos de la insultante fortuna, que lanzarnos a otros que desconocemos. He aquí la reflexión que nos detiene: ¡Despierta a Duncan con tus llamadas! Ojalá pudieras; porque quién soportaría los ultrajes y desdenes del tiempo, la injuria del opresor, la contumelia del soberbio, las tardanzas de la justicia, el reposo que podrían tomar sus congajos en el yerto desierto de la medianoche cuando bostezan las tumbas, en sus habituales trajes de negro solemne; pero esa ignorada región,

cuyos confines no vuelve a traspasar viajero alguno, exhala su sopro pestilente sobre el mundo, y así el motivo de la resolución, como el pobre gato del refrán, se torna enfermizo, bajo los pálidos toques del pensamiento, y todas las nubes que encapuchaban los tejados, por esta consideración, tuercen su curso y dejan de tener nombre de acción. Es un fin que devotamente se debe anhelar. Pero, ¡silencio!, hermosa Ofelia, no abras tus poderosas y marmóreas mandíbulas, sino vete a un convento..., ¡vete!»

Es privilegio del lector decidir sobre la versión que nos ha sido transmitida: ¿Recordó Huck correctamente y fue el duque quien se extravió en los tantas veces hollados vericuetos de Shakespeare? En caso contrario, ¿pudo ser Huck tan creativo en su desmemoria sin conocer a Shakespeare? ¿O lo conocía y se enredaron ambos? ¿O al fin y al cabo tuvo

razón Píndaro y sólo somos el sueño de una sombra? ■

***Emilio Pascual** es escritor y editor. Nos recuerda que la biblioteca de Tom Sawyer está construida sobre los datos recogidos en todo el ciclo de Tom y Huck. Por tanto, incluye no sólo *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckleberry Finn*, sino también *Tom Sawyer detective* y *Tom Sawyer en el extranjero* (Tus Libros 143, Anaya), más las inacabadas *Huck Finn* y *Tom Sawyer entre los indios* y *La conspiración de Tom Sawyer* (Tus Libros 156, Anaya).

Notas

1. El romántico que escribió esta primera línea de la *Introducción sinfónica* a sus textos pudo ser niño en la misma época que Tom Sawyer y Samuel Langhorne Clemens.
2. No sólo conocía la Revolución francesa y la americana y la de Cromwell: recordaba episodios tan específicos como el de la conjuración de Georges Cadoudal (1771-1804), y la vida de otros conspiradores como Guy Fawkes (1570-1606) o Titus Oates (1649-1705), que ya es para depresión o para nota.